

Aquí estoy sobre mis montes,
 pastor de mis soledades.
 Los ojos fieros clavados
 como arpones en el aire.
 La cayada de mi verso
 apuntalando la tarde.
 Quiebra la luz en mis ojos
 la plenitud de sus mármoles.

Tiene el tiempo en mis oídos
 retumbos de tempestades.
 mi corazón se acelera
 sobre el volar de las aves,
 vibra mi sien al zumbido
 de los vientos y los mares.
 . . . Y aquí estoy sobre mis montes,
 pastor de mis soledades.

Luis Rius

De YURIA, de Jaime Sabines

De los libros de poesía publicados en México en lo que va de año, uno de los más dignos de señalarse es *Yuria*, de Jaime Sabines. Desde su primer libro, *La señal*, tal vez la constante de la poesía de este autor sea una búsqueda de expresión natural, próxima al habla coloquial, sagazmente conseguida muchas veces, que dotan a sus poemas de una emoción súbita y próxima. La virtud de esa naturalidad en Sabines es, paradójicamente, la extrañeza que en el lector produce el encuentro de la expresión tan directa y desnuda adecuada a determinadas ideas, como cuando en un poema, por ejemplo, dice: "Necesito morirme siquiera una semana", o, en otro: "¡Qué costumbre tan salvaje ésta de enterrar a los muertos!"

Hoy, entre los poetas mexicanos más famosos, Sabines está solo como representante de esa tendencia expresiva que busca el efecto de la espontaneidad para infundir autenticidad y calor a su palabra. La tendencia contraria es la que, en cambio, se halla más poblada de nombres: Octavio Paz, Rubén Bonifaz Nuño, Ho-

mero Aridjis, etcétera. Y no deja de ser valioso eso, que, al fin y al cabo, podría tomarse como prueba de valiente afirmación de una personalidad en medio de un clima, si no hostil, sí poco hospitalario para ella.

En Jaime Sabines, visto este libro suyo a otra luz, es también evidente su escasa autocrítica, que le lleva a reunir en un mismo volumen poemas muy buenos con otros malos. Pero si traigo esto a colación, no es para reprochárselo, ya que sería inútil, pues probablemente es ésta una característica irremediable en él como en tantos ilustrísimos poetas de todos los tiempos, sino, en cambio, para objetar a un cierto tipo de crítica que "promedia" la calidad de los distintos poemas de un autor para establecer la calidad última y definitiva de éste. ¡Cosa más absurda! Un solo poema es —cada vez— la expresión última y definitiva de su autor, y el que logra un gran poema es un gran poeta, sin que deba mermarle esa consideración su propia malhechura de otros.